

Manuel Gutiérrez Aragón

Gloria mía



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Enrique Gutiérrez Aragón,
con una intervención de Julio Vivas

Primera edición: mayo 2012

© Manuel Gutiérrez Aragón, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7241-5
Depósito Legal: B. 9060-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

... esa voluntad de minutos en sucesión que llamamos vivir...

DÁMASO ALONSO

I

¡PITAS, PITAS!

—¡Pitas, pitas!

El grupo de damas no se apresuró, se podría considerar de mal gusto acudir a comer demasiado deprisa. Respondieron a la llamada, sí, porque eran aves educadas. De las mejores familias Leghorn. Sólo alguna polla joven se precipitó, pero se contuvo cuando vio la cara que ponían las demás. Al principio se limitaron a picotear remilgadamente, como si probaran el alimento por obligación; poco más tarde, unas y otras comenzaron a almorzar con buen apetito y sin cumplidos. La que era considerada la más distinguida de la familia, una vieja señorita con plumas negras y rojas, levantó una pata, se puso de perfil y fijó un ojo en el hombre.

Centella terminó de dar de comer a las gallinas, allá arriba, en la azotea de su casa madrileña, con vistas al Guadarrama. Mirasierra es un barrio residencial, donde se admite que los propietarios tengan perros, gatos, loros o cocodrilos, pero está vedado tener gallinas o cualquier otro animal productivo. Así que aquí, en la terraza superior, quedan más disimuladas, y sus cacareos o cloqueos se dispersan en el aire serrano.

—Qué, ¿satisfechas, queridas mías? ¿Tenéis alguna otra necesidad, so putas? ¿Habéis comido con gusto? ¿Sí? ¿No? Mira que sois sosas, hijas. Os digo lindezas, os piropeo, os doy lo mejor... ¿Y qué me dais a cambio? Nada. Cuatro huevos, cinco huevos... Pero no me hagáis caso, perdonad estos exabruptos. Estoy irritado porque en Jueves Santo siempre, siempre, me dejan solo; no viene ni la asistenta ni nadie. Solo todo el día, sin oficina, sin amigos, sin Gloria, sin servicio... ¿Me admitiríais en vuestra corte, distinguidas damas? ¿En vuestra corte de princesas putas? Ah, no os dignáis responder. ¿Sabéis qué os digo? Que ahí os quedáis con vuestro orgullo, vuestro silencio y vuestra soberbia. Adiós, altezas.

La gallina de plumas rojas y negras, una de las más grandes y encrestadas de la azotea, dejó de mirar al hombre y picoteó los restos de comida.

Centella se dirigió a la puerta y agarró el tirador. La puerta no se abrió. Tiró con las dos manos sin resultado. Se echó a reír, nervioso.

—Y, ahora, ¿qué?

No quiso tirar muy fuerte, para no quedarse con el tirador en la mano. Tampoco pateó la puerta, ni gritó. Pero su tranquilidad no remedió el hecho de que estaba encerrado en la azotea, con las gallinas y las palomas.

Sobre su cabeza pasaban las nubes nimbadas de relámpagos. Enfrente estaba la línea de la sierra madrileña, azul y fría.

—¿Alguien me oye? ¡Por favor!

Abandonó la interrogación, y gritó:

—¡Alguien me oye!

Centella se volvió hacia el gallinero. Casi todas las gallinas, asustadas por las voces, le estaban mirando con un ojo estupefacto, y luego, cambiando de perfil, con el otro ojo. Ni rastro de compasión o solidaridad.

Se asomó por el borde. Nadie circulaba por esta calle un Jueves Santo por la tarde.

Cuando volvió la cabeza hacia el gallinero, las aves pudieron comprobar que el hombre estaba muy enfadado.

—Queridas princesas, la puerta se ha cerrado por el viento serrano, y ha quedado atrancada por el otro lado. Perdonad, altezas, que abuse de vuestra hospitalidad, pero necesito un arma.

Centella comenzó a arrancar de cuajo uno de los travesaños del ponedero, mientras respiraba afanosamente. Las manos se le llenaron de excrementos de gallina; pero finalmente pudo blandir el madero a la vez que soltaba unas cuantas imprecaciones. Las aves se alborotaron y huyeron despavoridas.

Se fue hacia la puerta a grandes zancadas. Metió el extremo en el quicio e hizo palanca. El palo fracasó en su objetivo con un gran chasquido. Un trozo quedó en las manos de Centella y el otro en la puerta. El hombre lanzó al vacío los restos, con furia.

Se sentó en el poyete con la cabeza inclinada hacia adelante y las rodillas separadas. Descansando y meditando. Se miró la ropa: llevaba una chaqueta de pijama y un pantalón vaquero recortado por las rodillas. Se hurgó en los bolsillos, encontró un palillo de dientes, una moneda de cincuenta céntimos de euro y un pequeño botón de color nacarado, con unos hilitos colgando.

Echó en falta su primera píldora del día, la que controla la hipertensión; y también la roja que le anima, y la verde que le tranquiliza, y, por último, la que le protege de las otras tres, y que es blanca.

Se levantó y dio unas zancadas por la azotea.

—¿Qué hacer? —exclamó, o más bien invocó el título clásico, en voz alta.

Se quedó mirando a la gallina de plumas rojas y negras.
—En último caso, te puedo retorcer el pescuezo y asarte con las astillas del gallinero, ¿no crees?

Decididamente, si alguien pudiera contemplar ahora mismo a aquel hombre más que maduro, de rasgos nobles, cabellos blancos y abundantes, alto y bien parecido, agitándose en lo alto de un edificio y hablando a las gallinas, pensaría que le faltaba un tornillo.

Un cuarto de hora más tarde, Centella intentaba descolgarse de la azotea.

Si alcanzaba el tejadillo contiguo podría deslizarse hasta la escalerilla de incendios y desde allí... Por cierto —discutió el hombre—, si alguna persona hubiera subido subrepticamente a la azotea, lo habría hecho por esta escala de Jacob, este camino de salvación, pero, como tantas otras cosas en la vida, también de infierno y de traición.

Se afirmó al muro con la pierna y el brazo izquierdos, y estiró los miembros contrarios hacia el inclinado tejado que estaba ahí mismo, casi al alcance de la mano. En la operación perdió una zapatilla, que cayó al jardín, dos pisos más abajo.

No se atrevía a soltarse del muro, y tampoco se decidía a dar el salto definitivo hacia el vecino tejado.

Miró abajo, a la zapatilla que yacía exánime entre el aligustre y las primeras rosas del año. También había glicinias en flor y madreelvas aún sin brotar. Después, levantó los ojos y vio a todas las gallinas asomadas al murete de la azotea, contemplándole pensativas y discretas.

Se decidió al fin.

—¡Ahí voy! —se jaleó a sí mismo.

Culminó el salto con éxito. Las gallinas habrían aplaudido si hubiesen tenido manos. Estaba en el tejadillo, pero en una posición incómoda, desequilibrada. Ahora debía encon-

trar sujeción para llegar a la escalera de incendios, el retorno al mundo habitado por sus hermanos de la especie humana. La mejor solución era el cable de la antena de televisión. Pero, de todas maneras, había que comprobarlo antes.

—Comprobarlo, ¿para qué? O esto o nada.

La instalación era firme y estaba bien anclada en el tejado y en la fachada de su casa. Ahora sólo necesitaba un poco de agilidad, flexibilidad en la cintura y la fuerza de sus brazos. Todo esto lo tenía, pese a sus años.

El cable resistía, y Centella se sintió brillar en el cielo limpio de la mañana. Había confiado acertadamente en el método y en sus fuerzas, pero ahora el filo del cable le cortaba las manos como un cuchillo candente. Por mucho que aguantara el dolor, las manos se escurrían, más allá de la voluntad y la resistencia.

Se caía, iba cayendo, cayó patas arriba, entre el aligustre y una boca de riego.

Despertó estornudando por un cosquilleo líquido en la nariz. Le manaba sangre por la cara. Se palpó la cabeza. Tenía un pequeño corte encima de la oreja. Una herida más escandalosa que grave.

Se puso en pie muy poco a poco, como si tuviera que esconderse de alguien. Qué tontería, ¿de quién se iba a tener que esconder en su propio jardín?

Inició una exploración: las piernas flojas, pero sin roturas, los brazos, magullados. De pronto, como quien recibe un susto, sin síntomas previos le atenazó un agudo dolor en el pecho. Sucedió cada vez que aspiraba aire.

* * *

Centella jadea calle arriba, sucio, descalzo, sanguinolento. Su casa queda atrás: un conjunto de cubos perfec-

tos, rematados por azoteas y tejadillos triangulares. La calle está solitaria, y las mansiones vecinas, la de un rico dentista y la de un financiero en quiebra, están cerradas.

No ha podido entrar en su propia casa, la llave quedó dentro, como si todo sucediera en un mal sueño del que no se consigue despertar.

Camina hacia una avenida inconclusa, que enlaza este barrio con otro que aún no ha nacido. Hay una acera con arbolillos recién plantados. Al otro lado de la calzada se anuncian solares para edificar en donde hasta hace poco había huertas.

Centella hace señas al autobús urbano, que está dando la vuelta en una rotonda. Todavía no hay una parada en esta parte de la avenida, así que el conductor no le ve, o simplemente le ignora. Se queda un momento con la mano levantada.

Mirasierra es un barrio de parejas jóvenes, también de políticos y profesionales de éxito. Y donde hay ricos también suele haber gente al acecho: carroñeros, delincuentes o simples pobres de pedir.

Los dos sinhogar están apoyados en la tela metálica que protege las obras de un nuevo chalé. Se fijan en el hombre sucio y descalzo que tiene una mano levantada en el aire, como si, aparte de indigente, fuera imbécil. Los dos hombres terminan de repartirse un trozo de algo peludo y con cuatro patas, del que se ven fibras y tendones.

Los indigentes le observan de reojo y con curiosidad. Enseguida dejan de hacerlo, súbitamente desinteresados, se sacuden los restos y estiran perezosamente los miembros; después, se tienden al sol como felinos satisfechos. Indiferentes, pobres, soberbios.

Centella se encamina hacia esos dos únicos seres vi-

vientes. Lleva el brazo derecho todavía levantado. ¿Se le ha olvidado bajarlo después de hacer señas al autobús? ¿Se ha vuelto tonto con el porrazo de la caída?

Tras la tela metálica está la caseta del guardia de seguridad de las obras. Unos escondidos ladridos se oyen por un lado y por otro, inquieta protección.

Centella echa un trago del cartón de vino.

—Bebe, bebe. No te cortes, hombre, aquí hay vino pa jartá.

—Tenía sed, la verdad. Les agradezco mucho su ayuda. ¿El brazo en alto? Me ayuda a respirar, debo tener alguna costilla rota.

Los dos indigentes le contemplan curiosos.

Él explica:

—Uh..., me he caído desde la azotea.

—¿Desde qué azotea?

—La de aquella casa, la de los cubos.

—¿Estabas robando?

Duda antes de contestar.

—No, es mi casa.

Sus nuevos compañeros miran de arriba abajo a Centella, que luce un aspecto bastante más astroso que ellos mismos.

—Vamos, tigre, con nosotros hay confianza. ¿Tuviste algún problema?

Los dos exhiben un color tostado. Uno lleva pendiente, y el otro un collar de gruesos eslabones.

—No, ninguno —responde Centella—. Pero ahora necesito un poco de ayuda. La casa de socorro más próxima.

Los dos mendigos cuchichean entre sí; lo que se dicen el uno al otro parece divertirles.

Así que el de color más bronceado responde a Centella, regocijado:

—Si tú nos haces un favor, nosotros te lo devolvemos.

Ante el mutismo de Centella, el del pendiente propone:

—Escucha, campeón, ¿te importaría pasar ahí dentro y traerme esa bolsa de piel? Se la he prestado al guardia y no me la ha devuelto. ¿Cómo? No te preocupes, éstas son las obras de mi nueva mansión, «Villa Mangui».

Centella hace un movimiento hacia la tela metálica, pero el dolor del pecho le hace lanzar un quejido. El del pendiente y el de los aros le dan ánimos.

—Tú coges la bolsa y luego te llevamos a curar, ¿vale? ¿Un poco más de vino?

Centella bebe otro buen trago; el vino es un buen anestésico a falta de otro mejor.

—Gracias, hermanos.

Pero, en cuanto puede, echa a correr, se aleja de los mendigos, cojea, tropieza, cae, se levanta. Escucha los insultos de los indignados hombres sin querer volver la cabeza, pero la vuelve, y nota que le falta suelo bajo los pies. Se hunde sin una queja, más sorprendido que asustado.

Un viaje imprevisto hacia el fondo del hoyo municipal y espeso.

—No veía, ni oía. Había perdido la noción del tiempo —cuenta más tarde Centella a MB—. Eso, el tiempo, más que el lugar, fue lo primero en lo que quise situarme. Sentí una rata sobre mi pecho. Patitas como las agujas de un segundero, y malestar. El tiempo estaba royéndome como una rata. Me sentía aturdido y me costaba concentrarme. Pero, por fin, percibía un tic tac, tic tac, en forma de roedor peludo. Una rata reloj.

Nadie advirtió mi presencia en el hoyo en el que había caído; ni los escasos transeúntes de un día de Jueves Santo ni guardias de obras. ¿Debía gritar, pedir auxilio? Lo

que tenía claro es que necesitaba un hospital o dispensario. Me encontraba muy mal, o, más bien, no me encontraba en absoluto.

Esperé sin nerviosismo. Si uno no se repite a sí mismo «debo tener paciencia, debo tener paciencia», la paciencia llega.

Contemplé la travesía del sol sobre el agujero. Oí pasar los coches y autobuses. En algún momento, uno de los vehículos se detuvo y escuché unas puertas al cerrarse.

Creo que al fin, pedí ayuda a grandes voces.

Apareció una señora mayor, que sólo me decía, «pero qué hace ahí, señor, qué hace ahí», como si alguien acostumbrara a estar por gusto en el fondo de los agujeros municipales. Luego, la señora detuvo un taxi, y el taxista me ayudó a salir.

El mismo taxi me llevó hasta el lugar desde el que te llamé, MB. No quiso llevarme más lejos, el taxista era un buen samaritano, pero sólo en carreras cortas.

—Bájese. Ahí le atenderán.

Así que me abandonó ante el hospital más cercano, el que está camino de Colmenar, pasada la Academia de Policía. Yo no sabía de qué clase de hospital se trataba, sólo cuando ingresé me enteré de que estaba dedicado a enfermos terminales. Gente sin familia, que no tenía quien se ocupara de ellos. El gobierno regional tenía un acuerdo para tenerlos allí hasta el desenlace de la enfermedad. Pero también atendían —decía el cartel— consultas externas.

Le hicieron un reconocimiento rápido. Tenía dos costillas rotas que le oprimían los pulmones, dificultando la respiración, un traumatismo en la caja craneal, y múltiples contusiones dolorosas por todo el cuerpo.

El médico era un asiático, de dientes muy blancos. Mientras le inyectaba un calmante, dijo:

—Le aconsejo que se mueva lo menos posible hasta que le vea el especialista, aquí no podemos hacer más.

Centella pidió un teléfono.

—Llamé a Gloria y saltó un contestador. Hice un esfuerzo y salí al pasillo. Quería que me sacaran de allí. Pasé ante unas habitaciones que tenían la puerta abierta, donde los internos estaban con la luz apagada, solos. Se oían sus respiraciones asistidas.

De alguna de las plantas, por el hueco de la escalera, subía un gemido. Más bien parecía de animal, no de persona. ¿Quién podía emitir un sonido así, qué le estaban haciendo? Aquella especie de lamento aumentó. Llegó un coro de quejidos, prolongados, numerosos.

Me asomé a la barandilla. Por el rellano inferior paseaban varios pacientes con andadores. El arrastrar de los artilugios sobre el suelo era lo que producía aquella similitud con unas voces angustiadamente humanas.

Desde alguna parte llegaban los olores mezclados de desinfectantes y quizá el de pimientos asados, no te puedo asegurar. Alguien tenía aún gusto por la comida, por los sabores y la vida.

Unos ojos claros brillaron en la oscuridad. La enfermera salió de las zonas de sombra. Era grande y de tez casi transparente. Una gorda fría.

—¿Tiene número? —preguntó, extrañada de verme allí.

—Sí, claro. Ya me estaba yendo a mi habitación. No me acuerdo del número, pero sé llegar.

Volví a mi cuarto.

Me quedé sentado en una silla, no quería tumbarme en la cama, aunque estaba muy cansado.

Había un gran silencio y pronto empecé a escuchar una especie de estertor. Hasta que me di cuenta de que era yo mismo, mi propia respiración.

Se asomó una joven de habla y acento inciertos, monja, creo, y me preguntó si había pedido ayuda espiritual.

—No, señorita —le dije—. En realidad, no soy un enfermo como los que están aquí. Simplemente, tuve un accidente, y la clínica mas cercana era ésta y por eso me trajeron, pero no estoy moribundo.

—Eso sólo Dios lo sabe.

Quise salir de allí lo antes posible.

Entonces fue cuando me acordé de que vivías por aquí, te busqué en la guía y...

—Obraste correctamente. Descansa. No hace falta que digas nada.

Centella había llamado a su amigo hacía aproximadamente una hora:

—Quisiera hablar con MB.

—¿Quién le habla?

—Hola, MB, eres tú, te he conocido... Menos mal que no te has ido de puente.

Se hizo un silencio al otro lado del teléfono, y luego el interpelado dijo muy despacio:

—Eres...

—Soy José Centella.

MB llegó con prontitud. Se hizo cargo del accidentado y firmó un papel para llevárselo.

La enfermera de ojos claros le dio un sobre grande que se abultaba en su parte inferior.

—Siga lo que ha dicho el médico.

–Perdone, yo no he hablado con ningún médico. Sólo soy un amigo del paciente.

La enfermera estaba corriendo varios biombos y cortinas. Atenuó las luces del cuarto.

–No le dé más que lo indicado, aunque él se lo pida. Son veces, no horas. Tres cada tres. ¿OK?

–¿Tres qué? ¿Días? ¿Horas? –preguntó MB.

La mujer se iba alejando por el pasillo. Automáticamente los puntos luminosos se apagaban tras ella.

–Lea las instrucciones –dijo desde lejos.

El coche de MB era un Renault 5. Le ayudó a colocarse en el asiento.

–Lo mejor es que descanses un rato en casa. Bueno, todo el tiempo que quieras.

–Puto Jueves Santo.

–Yo también me he quedado solo este puente.

–MB, ¿tienes familia? Perdona, pero no me acuerdo de si tienes hijos o qué.

–Tengo dos hijos y un nieto.

Centella asintió, sin demasiado interés.

–El niño a veces se queda en mi casa, sus padres están separados. Ahora el peque está de puente, con mi ex nuera.

–Eres un abuelo joven.

El Renault 5 salió a la autopista A1 por la misma vía de servicio por la que había pasado la ambulancia.

Enseguida se desvió hacia una gasolinera. Tomó un camino que atravesaba unos terrenos baldíos en dirección a un conjunto de edificios de color marrón, con tejados y ventanas blancas.

–Por aquí acortamos. ¿Te molestan los baches?

–Sigue, no te preocupes.

Centella añadió:

—Oye, si ves una farmacia, haz el favor de parar. ¿Has traído algo de dinero?

—Todo está cerrado, creo —contestó MB.

El barrio tenía avenidas largas y estrechas, con nombres de calles famosas y personajes célebres: calle Campos Elíseos, calle Julio Iglesias, avenida de George Washington.

Un Arco de Triunfo, una Estatua de la Libertad, una fuente de Cibeles, enanizados, adornaban alguna rotonda, o un ensanche de la acera o alguna otra excrecencia urbana.

—Aún no te he dado las gracias por venir a ayudarme —dijo Centella.

—Ya me las estás dando.

En la plazoleta se alzaba una iglesia moderna, de colores claros. Sobre las puertas tenía un mosaico con la figura de la Virgen con el rostro muy maquillado y largas pestañas, como una modelo de moda.

La casa estaba en la calle llamada Quinta Avenida. El piso era pequeño y tenía enfrente un edificio del que le separaba escasa distancia: se podía ver la televisión en el aparato del vecino opuesto.

Centella se quedó dormido muy pronto en la cama que le había ofrecido MB, en la habitación del nieto, la única que había libre en el pisito. Lo último que le quedó en la retina fue el muñeco de un guerrero medieval, con porra claveteada, una esfera celeste en el techo y un adorno torneado en forma de corazón en una silla de mimbre.

Trataba de averiguar la hora. No había ningún reloj. Se incorporó en la pequeña cama y no pudo reprimir un gesto de dolor. Se palpó las costillas y trató de recolocarse de la manera más adecuada para respirar mejor. Vio a un hombrecillo en la puerta que le contemplaba en silencio. Sin duda, se trataba del propio MB, que era escaso de ta-

lla. Llevaba unas gafas con una de las patillas recompuesta con esparadrapo. Su gesto era severo, casi inamistoso.

—¿Eres tú, MB? No te veo bien...

Pero MB no contestó ni se movió. Centella estaba seguro de verle allí, y se extrañó de esa actitud en alguien tan buena persona como sin duda era su amigo MB.

Se despertó. Estaba en aquella habitación infantil, la esfera celeste en el techo, el guerrero, la silla con el corazón labrado, y MB en la puerta, contemplándole, ¿otra vez?, en silencio.

—¿Qué hora será? ¿Ya es de día?

MB miró su reloj.

—Son las diez de la noche.

José Centella estaba aún perdido. MB le aclaró:

—Del Jueves Santo.

—Oye, viejo, ¿el médico chino no te dio unas píldoras para mí?

—No.

—¿Cómo que no?

—Me las dio la enfermera grandota.

—Ah, bien. Las necesito ahora.

MB le acerca un vaso de agua.

Una vez tragada la medicina, Centella levanta el brazo derecho por encima de la cabeza.

—Así respiro mejor, ¿sabes?

—La cama es un poco pequeña; te hubiera dejado la mía, pero había que cambiar las sábanas.

—No, no, ésta me sirve.

Los dos se quedaron callados, mirándose.

—¿Quieres algo de comer? Sí, claro que te puedo hacer café. No, no es molestia.

MB posó la taza y un plato de galletas sobre la colcha de colores. Los pies de su amigo asomaban al final de la cama. MB buscó un sitio para sentarse, todos los muebles eran demasiado pequeños. Optó por la sillita.

Centella procuraba mantener el brazo en alto por encima de la cabeza. Se apañaba con una sola mano para morder las galletas y llevarse después la taza a los labios.

—¿Sigues trabajando en revistas?

—Sólo de vez en cuando, si me hacen un encargo concreto.

—¿Sobre América Latina?

MB hizo un gesto vago con la cabeza.

—Palestina, Líbano, Colombia, Cuba, Venezuela...

—¿Y en la tele?

—Uf..., hace mucho que no. De la última me echaron.

—Claro, te eché yo.

—No presumas de malo. No creo que tú fueras a hacerme eso.

La incómoda postura de Centella hizo que algunos trozos de galleta cayeran al suelo.

—Vaya, lo siento.

MB apiló las tazas y luego tomó un libro con dibujos para usarlo como recogedor de las migajas.

Centella se recostó en las almohadas con gesto de dolor.

—¿Sabes? Si no llega a ser por ti, hubiera tenido que permanecer en ese horrible hospital todo el fin de semana. Teniendo en cuenta que hoy es Jueves Santo...

—Ya casi Viernes Santo.

—... me podía haber quedado retenido hasta el lunes.

—Bueno, las enfermeras y los médicos me parecieron eficaces, y yo diría que muy atentos.

—Por cierto, ¿te dieron más pastillas de ésas?

—Pero si te acabas de tomar una...

–Dame otra, me hacen bien.

–No sé si debo dártela.

Centella hizo un movimiento hacia MB, un gesto de acercamiento o quizá de amenaza. El esfuerzo le lastimó y dio un grito.

–¡Ay, ay...!

MB se apresuró a ayudarlo. Centella le pasó un brazo por el cuello.

–Me duele todo, no respiro..., por favor.

–No puedes tomar esas medicinas tan seguidas. No entendí bien las instrucciones, pero es obvio.

Centella, colgado de su cuello, replica:

–Las rojas son de tramadol, y las otras de efedrina; las robé en el almacén del hospital.

–¡Ah!

–Unas son para el dolor, y las otras las tomo para paliar sus efectos; calma y estímulo, dolor y placer. Dame la de tramadol, quiero contarte algo.

Una vez elegida la píldora, MB le guardó el pequeño botín.

Centella acarició la pastilla elegida con la yema de un dedo.

–Bueno, todavía no me duele. Sólo que ésta quería tenerla a mano. Gracias, amigo.

La cogió con delicadeza y se la depositó en el bolsillo del pijama.

–En la zanja se me ocurrió que cuando pudiera iba a ordenar los papeles que tengo sobre... sobre mí mismo. Y en el hospital de terminales, allí, entre los moribundos, pensé en ti.

–Vaya, hombre.

–Me gustaría compartirlos, así, sobre la marcha.

–Si me vas a contar tu vida, no me interesa. Ya me la sé.

–No toda. No te voy a cobrar si la utilizas. Al contrario, te puedo pagar sólo por escucharme. Con ver la cara que pongas, me basta.

MB movió la cabeza negativamente. Centella insistió:

–Los apuntes están en mi oficina. El vigilante te puede abrir la puerta y yo te digo en qué cajón tengo..., no sé cómo llamarlo..., ¿el desconcierto?